

## CRONOGRAFÍA

# A diez años de la partida de Antonio Peña Guajardo

Claudia Ceja Andrade <sup>1</sup>  
Universidad Autónoma de Querétaro

Conocí a Antonio Peña Guajardo en 2002 en el Instituto Mora, donde ambos estábamos estudiando la maestría en Historia Moderna y Contemporánea. La primera vez que lo vi, su aspecto llamó mi atención: tenía el cabello semi largo, un bigote al estilo del cantante de Metallica, pantalones de mezclilla, una camisa roja y tenis blancos. Su rostro reflejaba seriedad absoluta; rara vez se reía y siempre prestaba atención a lo que la o el profesor decía. Al finalizar las clases, sin entablar conversación con nadie, salía del aula y se dirigía directamente a la biblioteca, donde pasaba prácticamente todo el día. Ese era Antonio, o más bien, Toño, como todos preferíamos llamarlo.

Debo admitir que al principio tuve poco contacto con él. Fue en nuestra primera fiesta, donde todos los compañeros de la maestría nos reunimos, que empezamos a conversar y desde entonces surgió nuestra amistad. Quienes lo conocieron saben que no exagero, aunque a primera vista Toño parecía ser hosco e indiferente; sin embargo, una vez que lo tratabas, descubrías que era un individuo noble, solidario y sorprendentemente sensible, aunque reconocer esta última faceta a él le resultaba difícil. Le gustaba pasar desapercibido, aunque su personalidad hacía que eso fuera un tanto difícil. Recuerdo claramente cuando le preguntamos cuál era su fecha de cumpleaños, y como no le gustaba celebrar, nos respondió que el 31 de abril. Más tarde nos dimos cuenta de que había intercambiado los números y en realidad era el 13. Con todo, varias veces le festejamos su cumpleaños.

En el ámbito académico, demostró un compromiso notable con el estudio y su labor. Su inclinación por la lectura era evidente; siempre estaba inmerso en libros, artículos o periódicos. A pesar de su naturaleza reservada, no escatimaba en participar activamente en clase, especialmente al comentar sobre las lecturas asignadas, lo que lo distinguía entre nuestros compañeros. Su tesis de maestría recibió elogios y fue publicada. Nuestro camino se separó al finalizar la maestría en 2004, cuando él se trasladó a su amado Nuevo León. Sin embargo, tres años más tarde, nos reencontramos en la Ciudad de México, donde ambos cursábamos el doctorado en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Una vez más, destacó como estudiante en esta nueva etapa académica. Lamentablemente, su tesis quedó inconclusa debido a su prematura partida, pero estoy convencida de que ese trabajo habría sido publicado y recibido más de un reconocimiento.

Pero en lugar de enfocarme en su destacado trabajo como historiador, que sin duda es un pilar importante en la historiografía mexicana, especialmente en el noreste del país, prefiero hablar sobre nuestra amistad. Quiero resaltar cómo, a pesar de los desafíos inherentes de la vida académica, como la competencia y las exigencias, aun así, logramos construir una amistad sólida y duradera.

Con Toño y otro gran amigo de la maestría, Othón Nava Martínez, solíamos salir a comer y tomar cerveza. Nuestras conversaciones abarcaban desde los trabajos que debíamos entregar para pasar nuestras asignaturas, hasta anécdotas del momento y discusiones sobre la política nacional. Además, compartimos varios viajes juntos a lugares como Campeche, Mérida, Tlaxcala, San Luis Potosí, entre otros. Asistimos a conciertos musicales, participamos en mítines y marchas. Todo ello hizo que la amistad se fuera afianzando con el paso del tiempo.

En 2009, concluimos nuestras clases en El Colegio de México y nos adentramos en la etapa de elaboración de la tesis. Esto implicaba que Toño necesitaba viajar con frecuencia entre Monterrey y Ciudad de México. Por esta razón, me pidió si podía alojarse en mi casa cuando tuviera que venir a la capital, a lo cual accedí sin dudarle. Durante esos períodos, discutíamos el progreso de nuestras investigaciones, pero también comenzamos a compartir aspectos de nuestra vida personal. Nos dimos cuenta de que teníamos situaciones familiares bastante similares, lo que nos llevaba a reflexionar sobre ello. Con el tiempo, se convirtió en una costumbre; cuando Toño regresaba después de estar fuera por dos o tres meses, lo recibía con algo de comida y cervezas en el refrigerador. Al verlo llegar, intercambiábamos saludos y de inmediato le preguntaba: “¿Qué noticias hay de la familia Peña Guajardo? Mira que, de los Ceja Andrade, tengo varias para contarte”.

Recuerdo cuando Toño enfermó. Se encontraba muy mal, pero insistía en que era solo un problema estomacal insignificante y se negaba a consultar a un especialista. Un día recibí una llamada informándome que lo habían llevado de urgencia al hospital de El Colegio de México. Varios amigos y yo nos turnábamos para visitarlo, y coincidí en estar presente cuando el médico lo examinó. Me preguntó si era su esposa para poder firmar la orden para operarlo, pero le expliqué que no lo era, que Toño era estudiante en la Ciudad de México, y que toda su

<sup>1</sup> Historiadora, catedrática e investigadora. Es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, maestra en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto Mora y doctora en Historia por El Colegio de México. Actualmente es profesora de la Universidad Autónoma de Querétaro.

familia vivía en Nuevo León. El médico explicó que no podía operarlo a menos que la orden fuera firmada por un familiar. Respondí entonces que yo era su pareja y que firmaría el documento, instándolo a operarlo ya que llevaba varios días en el hospital sin tener un diagnóstico preciso.

Aquellos días representaron un desafío para él al estar separado de su familia, de su trabajo y sus amistades. No obstante, estoy convencida de que se percató del cariño y apoyo que le rodeaba. A pesar de la distancia, aquellos que no podían visitarlo en el hospital se mantenían en contacto por teléfono para seguir de cerca su progreso. Además, algunos de sus estudiantes de Nuevo León tuvieron la amabilidad de visitarlo, y tuve el placer de conocer a algunos de ellos.

Una vez recuperado, regresó a su hogar. Aunque no lo manifestaba abiertamente, su preocupación por su investigación, sus clases y sus estudiantes era evidente. Recuerdo haberle preguntado una vez: "Toño, si te ofrecieran un puesto de profesor en otro estado del país, ¿te mudarías?". Con una ligera sonrisa, me respondió rotundamente: "No". Aunque nunca lo expresó explícitamente, comprendí el profundo amor que sentía por la universidad y su lugar de origen. Quedó claro para mí que nunca abandonaría Nuevo León.

La última vez que lo vi, quedó grabada en mi memoria de forma imborrable. Como de costumbre, llegó a casa y compartimos una conversación sobre el fallecimiento de su madre, un evento que lo afectó profundamente, aunque tratara de disimularlo, y también sobre su estado de salud. Durante nuestra charla, le recomendé cuidarse y alimentarse adecuadamente para evitar una recaída, a lo que respondió con confianza: "Sí, sí, además, los Peña Guajardo somos muy longevos, lo llevamos en la genética", mientras se golpeaba el pecho, demostrando su fortaleza.

Le mencioné que había conseguido una estancia postdoctoral en Querétaro y que tendría que mudarme allí. Entonces él dijo: "Bueno, lo que haré ahora es tomar el camión de Nuevo León a Querétaro, pasar unos días contigo y luego continuar mi viaje a la Ciudad de México". A lo que respondí: "Excelente idea, Toño".

Cuando se preparaba para irse, se despidió y abrió la puerta. En ese momento, le recordé: "Toño, ¿por qué te llevas las llaves del departamento si ya no estaré aquí, sino en Querétaro? Sería mejor que las dejaras". Él respondió con una risa tierna: "Sí, tienes razón, si ya no te volveré a ver... al menos aquí." Asentí, me entregó las llaves y se marchó. Esas últimas palabras que me dijo resonaron en mi mente cuando me enteré de su fallecimiento.

Recibí varias llamadas expresando condolencias y preguntando sobre su partida, pero la más conmovedora fue la de mi madre. Al otro lado del teléfono, escuché su voz entrecortada mientras me decía: "Hija, lo siento mucho. Sé que Toño era como un hermano para ti..."

Casi una década después de su partida, su ausencia aún se siente profundamente.